

Códigos y subcódigos en *Los siete locos*, de Roberto Arlt

BEATRIZ GIUDICI FERNÁNDEZ

Sin vacilar, llamó a un automóvil y le indicó al chofer que le llevara hasta la estación de Constitución. Allí sacó un boleto para Témperley. El edificio que ocupaba el Astrólogo estaba situado en el centro de una quinta boscosa (LSL:28).

Según este texto de *Los Siete Locos*, de Roberto Arlt, alguien va a visitar a un astrólogo que vive en la localidad de Témperley. La clave para entender este simple mensaje estriba en el hecho de que compartimos con su autor un mismo código, una lengua común: el castellano. Si ampliamos el contexto y tomamos en cuenta la oración anterior, nada hay en ella que nos impida comprenderla. Sin embargo, a un castellano hablante peninsular le llamará la atención encontrarse con el sustantivo “boleto” donde él esperaría leer “billete”. Aunque el contexto situacional sea la clave para localizar y comprender el significado de “boleto”, también la lengua le permite al lector acceder al significado del término, ya que inconscientemente acude a su “base de datos”, donde encuentra “boleta” (“cédula que se da para poder entrar sin embargo en alguna parte”; o “cédula que se da a los militares cuando entran en algún lugar, y que señala dónde han de alojarse”) o “boletín” (cf. boletín metereológico, Boletín Oficial del Estado, Boletín de la Real Academia, etc.). Igualmente puede llamarle la atención la palabra “automóvil”, cuando encontraría más natural el término “coche”, o mejor “taxi”. Esto tal vez le indique que se trata de un texto contemporáneo aunque escrito hace ya algunos años, cuando la palabra “automóvil” era de uso corriente y el inglés no se había escabullido en nuestra lengua a través de “taxi”.

Un lector argentino podrá compartir la extrañeza del lector peninsular al hallar “automóvil” y acaso comparta su interpretación del porqué de la aparición de este vocablo en el texto. Sin embargo, “boleto” le parecerá adecuado, normal. Lo que le resultará algo peculiar será leer que el protagonista le pidió al taxista que “le llevara” hasta la estación de Constitución. El leísmo no es un fenómeno

característico del castellano hablado en el Río de la Plata, donde se mantienen los referentes pertinentes del objeto directo. De todos modos, este hecho no le impedirá comprender; simplemente le indicará que se trata de un uso apartado de lo que se considera norma en el castellano de su región.

Este breve análisis del texto citado nos lleva a pensar que hablar un mismo idioma no significa usar las mismas palabras, ni incluso la misma morfología. El usar términos distintos para realidades idénticas no quiebra la unidad de la lengua, *el genio profundo que le da vigor a todo el sistema lingüístico, la sima que podemos compartir con 21 países y que arroja hacia la superficie criaturas identificables porque proceden de la misma cultura* (Grijelmo 1998:79-80). Nos entendemos a pesar del idioma porque reconocemos lo que de sistema hay en él.

Veamos ahora este otro ejemplo:

Tenés razón... el mundo está lleno de infelices (LSL:25).

Un castellano hablante rioplatense no encontrará nada raro en esta locución. Por el contrario, al hablante peninsular le chocará ese “tenés”, ya que él dice “tienes”. Pero buceando en la historia del idioma, hallará el “tenedes” de la historia de nuestra lengua y relacionará esta forma antigua con su evolución al otro lado del Atlántico y con su “tienes” peninsular.

El léxico, las palabras, constituyen uno de los ficheros de la lengua; la morfología, otro. Pero ¿todas las palabras son iguales, tienen el mismo peso específico, los mismos sentimientos adheridos? Creemos que no. La palabra es, con Saussure, el concepto mental que tenemos de una realidad concreta o abstracta, y consta de forma y sustancia. Esta dicotomía tan útil a la hora de describir la lengua como código no lo es tanto a la hora de describirla como códigos. Hjemsløv profundizó la dicotomía saussureana y desglosó a su vez la forma y la sustancia en expresión y contenido. Volvamos ahora al último ejemplo:

castellano peninsular

tienes

castellano rioplatense

tenés

En esta tabla vemos cómo se concreta la segunda persona del singular del Presente de Indicativo en el castellano peninsular y en el del Río de la Plata. En el primero, la segunda persona del singular es “tienes”; en el segundo, “tenés”. Hay, pues, una forma de contenido distinta a uno y otro lado del Atlántico y una sustancia de contenido idéntica. Lo mismo ocurre con “boleto-billete”.

Hay un fenómeno más en el texto que nos sirve de ejemplo. Se trata de la palabra “chofer”. Acostumbrado a pronunciar “chófer”, nuestro lector peninsular puede que se sorprenda al encontrar “chofer”, acentuada de manera distinta a lo que él está acostumbrado. Esto es así porque la expresión de esta palabra tiene una forma que mantiene el acento agudo, propio del francés (cf. chauffeur) —forma que se ha mantenido en el Río de la Plata— y otra llana, que se prefiere en la Península. Y aunque la posición del acento en castellano es fija, hay ciertos tér-

minos en los que se aceptan dos acentuaciones (cf. período-periodo, olimpiada-olimpiada, etc.). Es decir, tenemos una sustancia de la expresión idéntica y dos formas de expresión distintas y ello no nos impide comprender el texto.

No queremos con esto decir que el castellano peninsular y el rioplatense constituyan dos lenguas distintas. Simplemente queremos señalar que la lengua, el código, es como un gran paraguas que alberga las palabras, la morfología, la pronunciación, etc. que reconocemos como pertenecientes a nuestro sistema de lengua. Y, si en todo proceso de comunicación, el código es el elemento indispensable para garantizar la emisión y recepción de un mensaje, en la comunicación verbal el código está representado por la lengua. Tenemos, entonces, la pareja código-lengua. Pero habría que preguntarse si accedemos siempre al mismo código para descifrar los mensajes. La dicotomía lengua-habla viene aquí en nuestra ayuda, entendiéndose por esta última el uso individual de aquella, el uso que hacemos de nuestro propio idioma (Saussure). Es precisamente en el habla, en el uso de la lengua con unos fines determinados donde se concreta el código. En los ejemplos anteriores, todos somos capaces de reconocer la castellanidad de "boleto", "billete", "tenés", "automóvil", "le", etc. Pero optamos por una u otra forma, dependiendo de lo que culturalmente aceptamos como código pertinente, como norma. De ello se desprende que el concepto de código, tan útil para explicar la comunicación en general y la lingüística en particular, no es un concepto tan homogéneo o tan cerrado como a primera vista pudiera parecer.

Sabemos que el código nos ofrece la posibilidad de transmitir información. En el texto anterior, leemos que el protagonista llama un taxi para dirigirse a la estación de Constitución, desde donde se dirigirá a Témperley para visitar a un astrólogo. También transmite pensamiento —e incluso sentimiento—. Así, algunas líneas más adelante leemos lo siguiente: *Le parecía estar en el campo, muy lejos de la ciudad, y la vista del edificio lo alegró* (LSL:28). Pero la lengua comunica más que información y pensamiento (Fasold 1984), *pues es el archivo donde han ido a parar las experiencias, saberes y creencias de una comunidad* (Lázaro Carreter 1997:19). Sabemos que el protagonista se dirige a la estación de Constitución, pero no sabemos si se trata de una estación de autobuses o de tren. Sólo el lector argentino —o mejor dicho, el lector porteño— sabe que se trata de una estación de ferrocarril. Sabe además que es la única línea ferroviaria que lo llevará hasta Témperley, al sudoeste de la capital. Y posiblemente también sea el único en entender por qué el personaje tiene la sensación de estar en el campo, lejos de la ciudad. Témperley pertenece a lo que se llama "el gran Buenos Aires", el cinturón fabril de la capital. Esto, unido al hecho de que el astrólogo vive en una quinta rodeada de árboles, le hace pensar que está muy lejos de Buenos Aires, cuando en realidad no ha abandonado del todo la ciudad. Esta información extra que le llega al lector argentino o porteño o al que haya vivido en Buenos Aires se debe al hecho de que el lenguaje natural y el literario deben ser entendidos desde una perspectiva social, desde grupos de hablantes concretos en contextos particulares. O, como dice Hymes (1974), desde una *matriz social*, pues son los grupos de hablantes en contextos particulares los que activan esa información extra y utili-

zan el código lingüístico para extraer más información que la que se extrae en un primer nivel de comprensión.

La lectura de *por la calle Chile bajó hasta Paseo Colón* (LSL:8), puede resultarle peculiar a un lector castellano-hablante ya que la ausencia del artículo delante de Paseo Colón es inusual. La peculiaridad del ejemplo estriba en el hecho de que los porteños suelen suprimir el artículo delante del nombre de ciertas calles o avenidas. Este hecho que se aparta de la norma le puede indicar erróneamente tanto al lector peninsular como al lector argentino no porteño que el personaje “habla mal”. Sí es verdad que se aparta de la norma, pero para seguir la de su código, el que emplean ciertos porteños para diferenciarse de los demás habitantes del país. Es frecuente que ellos identifiquen al forastero pues este se refiere correctamente a “la avenida de Mayo” y “al Paseo Colón”, cuando el porteño dice simplemente que se encontró con alguien en “Avenida Mayo” o “en Paseo Colón”, es decir, omitiendo el artículo. Otra vez es la información extra, vedada a quien no comparta este código cerrado por no pertenecer al grupo social que lo ha creado, la que nos permite —o impide— acceder a parcelas escondidas del mensaje.

También puede ocurrir que el lector descifre la información a través de su código cultural y, por ello, distorsione o falsee el mensaje. Así, un lector cubano que lea que *el edificio que ocupaba el Astrólogo estaba situado en el centro de una quinta boscosa* (LSL:28) creará que el astrólogo en cuestión está enfermo, pues en Cuba “quinta” significa “casa de salud o sanatorio apartado de la población y rodeado de jardines”. Un lector de otras latitudes puede conocer el significado culto del término (“casa de recreo en el campo, cuyos colonos solían pagar por renta la quinta parte de los frutos”), pero aun cuando este último significado es el que originariamente pudo haber tenido en el Río de la Plata, actualmente significa simplemente “casa de recreo en el campo”.

Todo lo dicho anteriormente ilustra el hecho de que el concepto de código es más complejo de lo que en un primer momento pudiéramos pensar. Además, si tenemos presente que el código, es decir, la lengua, se actualiza en el habla, en el uso que de la lengua hacemos con unos fines determinados, esa aparente uniformidad del código se vuelve más borrosa. Pero tenemos un tercer elemento que hace del código una categoría más compleja aún: la literatura. Qué duda cabe de que las obras literarias están hechas de palabras y de que estas tienen un significado determinado. Pero en realidad pueden tener varios significados potenciales, uno de los cuales se actualiza en la obra. La competencia lingüística, el código, no es suficiente para interpretar todos y cada uno de los posibles contenidos que pueden transmitirse en un mensaje. Por ello, hay autores que distinguen entre el *significado lingüístico*, el *significado referencial* y el *significado intencional*. Si leemos en *Los siete locos* que el protagonista bajó por la calle Chile hasta el Paseo Colón (LSL:8), el significado lingüístico puede ser entendido por toda aquella persona que entienda el castellano. Pero puede ocurrir que el significado referencial le esté vedado, a menos que conozca qué es el Paseo Colón, dónde está y qué implica que el personaje pase por allí o suela moverse dentro del área en la que el Paseo Colón está situado: el Bajo. Porque *en los actos de discurso, ciertas expre-*

siones lingüísticas tienen por misión denotar, es decir, señalar e identificar magnitudes extralingüísticas (los referentes o denotata) (Gutiérrez en Serrano y Martínez 1997:27).

El mencionado Paseo nace detrás de la Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo de la República Argentina, y corre paralelo al Río de la Plata, en dirección sur. Es un lugar de bares de mala muerte como el Volga, destruido hace algunos años, lo mismo que el Bar Unión. Quizá las siguientes palabras de Julio Cortázar en su cuento "Después del almuerzo" sean más ilustrativas: *Me largué hasta el Paseo Colón, esa calle donde mamá dice que no deben ir los niños solos* (Cortázar 1970:109). Por último, el significado intencional también es analizable no sólo desde el código sino desde el habla y desde todos los elementos que constituyen el esquema de la comunicación: emisor, receptor, canal, circunstancia, etc. Por ejemplo, cuando leemos en *Los siete locos* que un personaje *cogió su perramus* (LSL:225) puede que un castellano hablante no argentino no entienda qué prenda es esta; al contrario que el lector argentino, que entiende automáticamente que se trata de un impermeable marca Perramus, una prestigiosa casa de Buenos Aires. ¿O habría que decir que el mensaje sólo le llega al lector argentino de una cierta edad?, pues, a lo mejor, al lector argentino joven le ocurre lo mismo que al lector de otras latitudes.

Volviendo al código, y más específicamente al contenido de las palabras o locuciones podemos distinguir con Eugenio Coseriu entre *significado*, *designación* y *sentido*. El primero es el contenido lingüístico actualizado por el habla; el segundo, la referencia de los significados actualizados en el texto a las realidades extralingüísticas; el tercero, su contenido conceptual en la medida en que no coincide ni con el significado ni con la designación, es decir, lo que el texto quiere decir (García Yebra 1989:37). Esto, que está claro en la teoría, se ve oscurecido o complicado en la realidad. Ciertamente es que la designación o denotación, es decir, el valor informativo-referencial de un texto, constituye un primer nivel de significación (Marchese-Forrადellás 1986:93). Así, cuando un personaje de *Los siete locos* dice: *Papá antes de morir en Cosquín me escribió una carta terrible, entre vómitos de sangre y recriminándome, ¿sabés?* (LSL:170), el lector entiende que el padre del personaje murió en la localidad de Cosquín. Entiende, además, que posiblemente haya muerto de una determinada enfermedad (cf. *entre vómitos de sangre*). Pero hay más información que la ofrecida por la información referencial, y ello se debe a que hay una información añadida, extra, a través de la cual Arlt nos dice algo más, que sólo el lector argentino comprende. Lo que Arlt y su lector nativo entienden automáticamente es que el padre del personaje murió de tuberculosis, pues Cosquín es una localidad situada en la sierra cordobesa argentina, donde había instituciones especializadas en el tratamiento de esta enfermedad, dado el clima seco característico de la región. Es decir, que las inocentes palabras *Papá antes de morir en Cosquín...entre vómitos de sangre* encierran más información que la referencial; en otras palabras, connotan, entendiéndose por connotación *todas las significaciones no referenciales* (Todorov en Marchese-Forrადellás *ibid*: 95).

Nuevamente Hjelmslev viene en nuestra ayuda. Para la Glosemática hjelmsleviana, el signo es el resultado de la relación entre la forma de la expresión y la forma del contenido. Si consideramos a esta como una primera relación del sistema, que, a su vez, funciona como plano de la expresión de un segundo sistema, podemos considerar al primer sistema como el plano de la denotación, y al segundo, de la connotación. La siguiente tabla nos ilustra lo dicho:

sgte 1	sgdo 1	
	sgte 2	sgdo 2

El sgdo 2 sería el significado de la connotación. Por ejemplo, si tomamos el sustantivo propio Cosquín, tendremos un primer nivel de significación, que proviene que unir el sgte 1 con el sgdo 1 (localidad de la sierra cordobesa argentina, de clima seco). Pero si tomamos en cuenta el que en esta localidad hubo en el pasado instituciones para la cura de la tuberculosis, esto constituirá un segundo significante con su correspondiente significado (localidad de la sierra cordobesa argentina, de clima seco, adecuado para la cura de la tuberculosis). Tendremos, así, un matiz ausente en un primer nivel de significación.

Hay un primer nivel de significación, la denotación, regulado por el código, y un segundo nivel, la connotación, regulado también por un código. Pero ese código es el código de una comunidad de hablantes y ninguna comunidad es homogénea. Todo lo contrario. No se puede hablar de una comunidad castellano hablante monolítica, ya que tanto en lo referencial como en la información extra hay que tomar como punto de referencia el código de *una* comunidad concreta, enclavada en unas coordenadas geográficas, históricas y culturales determinadas. Como dice Luis Prieto en *Estudios de lingüística y semiótica generales*:

No me parece que la connotación pueda ser significativa más que si el emisor o el ejecutante dispone la opción en cuanto al medio a emplear para decir o hacer, y, con dicha opción, la de la forma connotativa en que concibe lo que dice o hace (Prieto en Marchese-Forradellas *ibid*:96).

Volviendo al texto de Arlt, sólo el lector castellano hablante que posea el código connotativo que le permite comprender que en Cosquín se trataba la tuberculosis podrá captar este valor añadido de dicho sustantivo. Y ese código es uno muy concreto: el del castellano hablado en la Argentina.

Se ha dicho más arriba que el código es como un gran paraguas que alberga una serie de elementos, como, por ejemplo, el léxico. Y se ha visto cómo no constituye una categoría homogénea, y menos aún, en la literatura, donde los signos lingüísticos crean unas redes de información intrínseca que cohesionan las obras literarias como tales. Dentro de ese gran paraguas distinguimos también léxicos específicos, llamados subcódigos, que permiten comprender los significados connotativos que tales léxicos llevan implícito. Y si un subcódigo es un código más

especializado o restringido, habrá que compartir las claves para descifrar no sólo el significado de las locuciones sino los posibles valores (prestigio, desprestigio, extracción social de los que lo emplean, etc.) que el código y la sociedad a la que este pertenece le confieren.

Erdosain, protagonista de *Los siete locos*, dice: *Bueno, seré cafishio* (LSL:13). ¿Será qué?, se preguntará el lector de otras latitudes. Ninguna pregunta tendrá que hacerse el lector argentino, que sabe que “cafishio” es un término lunfardo que significa “hombre que explota sexualmente a una mujer”. En la página 169 le dice a otro personaje que, a pesar que haber leído esta Biblia, ello no le impide “escolazar”. Nuevamente el lector extranjero se queda boquiabierto porque desconoce que “escolazar” es un verbo lunfardo de origen incierto que significa “jugar con el fin de obtener ganancias”. Erdosain no es el único que maneja este registro de lengua. El farmacéutico Ergueta, otro personaje de la novela, lo emplea frecuentemente. Así, en la página 19, le dice a Erdosain: *¿Te pensás que porque leo la Biblia soy un otario?* Si el lector foráneo cree que está diciendo que es un beato, o si piensa que la palabra tiene connotaciones religiosas, estará a años luz de la verdad, pues “otario” es una voz lunfarda que pertenece al lenguaje del hampa y que significa “tonto”. Páginas más adelante, como respuesta a un comentario algo recriminatorio de Erdosain, le dice que hay que ser “furbo” (LSL:172). El lector que desconozca el significado de “furbo” puede encontrar alguna pista en la frase de Erdosain, unas líneas más arriba: “En el fondo seguís siendo el jugador tramposo”, y creer que “furbo” es sinónimo de “tramposo”. En realidad es una palabra que proviene del italiano “furbo” (“pícaro”), que luego pasó al lunfardo con el significado de “astuto, taimado” (Gobello 1982:94). El propio Arlt también imita a sus personajes y, como ellos, emplea el lunfardo en algunas ocasiones. Al describir una fonda en la calle Sarmiento, al lado del viejo edificio el diario “Crítica”, dice que entre sus clientes se encontraban rateros y “batidores” (LSL:164). La cercanía de los dos términos le puede hacer creer al lector extranjero que se trata de dos tipos de ladrones. Pero no es así, porque en lunfardo “batidor” significa “delator”.

El lunfardo fue originariamente una jerga específica del mundo del hampa, que se gestó a partir del italiano, del francés y del inglés. Con el tiempo, ciertos términos pasaron al lenguaje coloquial, donde se mantienen todavía. De todos modos, representa un subcódigo muy cerrado, cuyo empleo está mal visto socialmente. De ahí que su uso por parte de los personajes de la novela los marque socialmente y los identifique como seres que pululan en ambientes marginales, y no constituya una marca de “color local”, como a primera vista pudiera pensarse.

No hay que perder de vista el hecho de que en literatura el código y el subcódigo pueden funcionar de forma diferente. Se puede afirmar, con Corti, que *la literatura, desde un punto de vista semiológico, se presenta como un sistema en el que coexiste e interactúa una multiplicidad de instituciones y géneros literarios, en cada uno de los cuales se va produciendo lentamente una codificación* —y una subcodificación, podemos agregar— *en el punto de encuentro de las diversas líneas —ideológico-temáticas y formales— con las que se va dibujando en género* (Corti en Marchese-Forraddellas 1986:58). En *Los siete locos*, podemos detectar las

señas formales del naturalismo, caracterizado por ofrecer una imagen descarnada de la realidad, especialmente de sus ambientes marginales, por la descripción del espíritu sombrío y atormentado de sus personajes, con el propósito de exponer los conflictos del alma humana, y por el afán de ofrecer los aspectos más íntimos y repugnantes de los instintos naturales (Veiravé 1973:144). Para ello, el autor se vale de un lenguaje específico, que puede oscilar desde el empleo del argot —en este caso el lunfardo— a términos considerados tabú, pasando por campos semánticos muy acotados para describir determinados ambientes y personajes. Así, leemos en la página 107: *Habíamos dejado atrás los frigoríficos, las fábricas de estearina y jabón, las fundiciones de vidrio y de hierro, los bretes con el vacuno oliendo los postes, las avenidas a pavimentar con sus llanuras manchadas de yeso y de surcos, Y ahora comenzaba, traspuesto Lanús, el siniestro espectáculo de Remedios de Escalada, monstruosos talleres de ladrillo rojo y sus bocazas negras, bajo cuyos arcos maniobraban las locomotoras, y a lo lejos, en las entrevías, se veían cuadrillas de desdichados apaleando grava o transportando durmientes. Y en la página 219: ¿Qué dirá el Señor de mi "pinta" y de esta cara de burrero y de cafisbio?*

También hallamos en la novela ciertas formas típicas de una forma de expresión que podríamos llamar cursi, y que parece sacada de las revistas femeninas de la época en la que se editó la novela. *Me verá una doncella, una niña alta, pálida y concentrada, que por capricho maneje su Rolls-Royce*, dice Erdosain (LSL:13). "Doncella" en vez de "joven", "niña" en lugar de "chica"; o en lugar de "pebeta", término lunfardo de igual significado, que no extrañaría encontrar en la obra. *En torno a la mesa* movíanse *dos mucamas*, leemos en unas páginas más arriba. *¿Pero quién habla así?*, se preguntará el lector al encontrarse con "movíanse" en lugar del más normal "se movían". *O cruzaba el mar, un mar quieto como los lagos de Palermo* (LSL:199), más propio de la revista *Para ti* que de una novela de rasgos naturalistas.

Se podría creer que Arlt, que fue un escritor duramente criticado en su época debido a sus errores sintácticos, etc., intentaba imitar, con ejemplos similares a estos que acabamos de ver, una forma "correcta", "culta" de hablar. Más bien habría que decir que su intención era no de imitación sino de burla del estilo de determinados escritores como, por ejemplo, Enrique Larreta. Perteneciente a una acaudalada familia porteña, doctor en abogacía, diplomático, miembro de la Real Academia Francesa, escritor, Larreta pasó largas temporadas en Francia, donde fue embajador. Basten las siguientes palabras de Jorge Luis Borges para hacernos una idea de su estilo narrativo:

Ayer decíamos con Bioy: "¡Qué olvidado está Larreta ahora!" En general, no es un autor que se discuta y en España lo ignoran totalmente. El poeta español Luis Rosales me preguntó: "Y en la Argentina, ¿se acuerdan de Larreta?". "No", le dije. "Ah, bueno, es como aquí," me contestó. Era tan profesionalmente español que resultaba falso hasta para los españoles. Como Capdevila, que cuando estaba en España decía: "Vive Dios" (Vázquez 1986:123).

Podemos ver en *Los siete locos* una alternancia entre unos códigos y subcódigos y otros. Vemos cómo su autor pasa de un código peninsular a otro rioplatense, del uso del castellano *standard* en el Río de la Plata al empleo del lunfardo, del lenguaje “naturalista” a la imitación, con fines de burla, de una forma de habla más “española” que la de los propios españoles. Esta fluctuación entre unos códigos y otros, entre unos subcódigos y otros, se da a lo largo de toda esta novela. Un análisis más extenso de esta obra nos permitiría observar más detenidamente este fenómeno y extraer quizá un sistema de alternancias en la novela en su conjunto. Este sistema sería el responsable de la creación de ritmo, entendiéndose por tal la recurrencia en el texto de unidades formales que aparecen de forma periódica y sistemática. Pero ello nos llevaría más allá de este artículo, en el que sólo se ha querido analizar y ejemplificar una característica de esta novela, cual es la alternancia de códigos y subcódigos en la prosa de Roberto Arlt en *Los siete locos*.

BIBLIOGRAFÍA

- ARLT, R. (1929), *Los siete locos*, Buenos Aires, Losada [1973].
 — (1929), *The seven madmen*, traducción de Naomi Lindstrom, Boston, Godine [1984].
 — (1929), *Les sept fous*, traducción de Isabelle e Antoine Berman, Paris, Belfond [1991].
- CORTÁZAR, J. (1970), *Relatos*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana.
- FASOLD, R. (1984), *The Sociolinguistics of society*, Oxford, Blackwell.
- GOBELLO, J. (1982), *Diccionario lunfardo*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor.
- GRIJELMO, A. (1998), *Defensa apasionada del español*, Madrid, Taurus.
- HJEMSLEV, L. (1972), *Ensayos lingüísticos*, Madrid, Gredos.
 — (1968), *El lenguaje*, Madrid, Gredos.
 — (1971), *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos.
- HYMES, D. (1974), *Foundations in Sociolinguistics*, London, Tavistock.
- MARCHESE, A. & FORRADELLAS, J. (1986), *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Barcelona, Ariel.
- SAUSSURE, F. (1945), *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada.
- SERRANO, J & MARTÍNEZ, J.E. (1997), *Didáctica de la lengua y la literatura*, Barcelona, Oikos-Tau.
- VÁZQUEZ, M.E. (1986), *Borges, sus días y su tiempo*, Buenos Aires, Vergara.
- VEIRAVÉ, A. (1973), *Literatura hispanoamericana y argentina*, Buenos Aires, Kapelusz.